

Capítulo 15

La extinción indígena: conquistadores y pestilencia

15.1. El contacto con los peninsulares

Con la llegada de los conquistadores se inició un ciclo de devastación y arrasamiento de las tierras americanas, y de extinción de las comunidades indígenas. Mientras que las guerras de las comunidades aborígenes independientes estaban orientadas a la sujeción, más que al exterminio del enemigo y por esa razón terminaban con frecuencia mediante el enfrentamiento de grupos de ambos lados en ocasiones acordadas, retirándose los perdedores sin más incursiones; los españoles, por su parte, adelantaron una guerra de exterminio contra los indígenas, ensañándose con sus armas y perros. En defensa de sus tierras, mujeres e hijos los nativos, si bien tenían superioridad numérica, pero armados con tan solo flechas, macanas y hondas, se enfrentaron a un reducido número de aventureros españoles, quienes equipados con espadas metálicas, ballestas, mosquetones, caballos, perros y a veces con cañones, arrasaron con los primeros poblados indígenas que encontraron en búsqueda del tan anhelado Dorado. En estos primeros enfrentamientos perecieron los jefes y representantes más fuertes de las comunidades nativas, generando desaliento, y resquebrajamiento de las estructuras políticas, religiosas y militares que sustentaban el poder aborígen.

Al no contar con sus jefes las tropas americanas se retiraban dando lugar a una nueva forma de sometimiento al yugo español. El conquistador aplicó implacablemente la guerra de tierra arrasada, destruyendo los poblados, las sementeras y los núcleos familiares. Los nativos, especialmente los de los valles interandinos, como también de las regiones Caribe y Orinoquía, que no tenían un poder centralizado, como los carares, colimas, panches y pijaos del valle del río Magdalena, ansermas, gorriones, bugas y liles del valle del río Cauca, no quisieron rendirse ante las autoridades españolas pues no reconocían jefe supremo ni pago de tributos, por lo cual opusieron una feroz resistencia, siendo finalmente dominados a sangre y fuego. Más que

las mismas armas, las enfermedades y los perros cebados en carne indígena infringieron grandes pérdidas y, ante todo, un gran pavor entre los guerreros nativos, lo que les hizo perder el ánimo y concierto, “volviendo en desconcierto y confusiones”.

15.2. La guerra de tierra arrasada

Los indígenas cueva de Darién en el Caribe fueron los primeros en tener contacto con los españoles, y, a su vez, sus primeras víctimas. Inicialmente se produjeron muchas muertes con la incursión de Balboa en 1513; posteriormente, desde 1514 la pacificación por parte de Pedrarias Dávila de las tribus cuevas rebeldes, mediante el robo sistemático de las cosechas y reservas alimenticias y la captura de esclavos para ser repartidos entre la tropa para su servicio, produjo más víctimas. Pedrarias alegaba que los indígenas habían perecido por las enfermedades, ante todo por la epidemia de viruela que azotó el Istmo después del primer repartimiento. A falta de una generación nueva y de mujeres que continuaran con la procreación, los naturales se extinguieron antes de 1534 según Las Casas, o antes de 1548 de acuerdo a Pascual de Andagoya. Posteriormente, los esclavos negros fugitivos tiranizaron a cuanto indígena encontraban a su alcance.⁵⁴⁵

El transporte de alimentos, vituallas y armas para la campaña conquistadora de nuevos territorios y la búsqueda del Dorado por parte de las huestes españolas condujeron a que muchos nativos fueran arrancados de sus lugares de origen. Desde 1504 hasta 1542 cuando se prohibió, los indígenas fueron tratados como esclavos y se les compraba y vendía como tales; a partir de allí se les liberó, asignándoseles a encomenderos, conminándolos a pagar tributos mediante tasación. No obstante, los encomenderos procuraban sacar más de lo que los indígenas por su propia voluntad podían aportar.

En 1540, Hernán Pérez de Quesada, según narró fray Pedro Aguado, sacó millares de indígenas del Nuevo Reino de Granada en su incursión hacia los llanos Orientales buscando el Dorado, donde sufrieron penosas calamidades entre escarpadas montañas y fragosos ríos hasta extinguirlos completamente:⁵⁴⁶

“[...] juntó [...] más de ocho o diez mil indios e indias Moxcas para el servicio de estos españoles y llevar cargas y otros muchos efectos bestiales, de que los indios e indias servían en aquel tiempo [...] y al atravesar la cumbre de los páramos de Pasca le dio un recio temporal de frío y hielo, de

⁵⁴⁵ K. Romoli, 1974, p. 47.

⁵⁴⁶ P. Aguado, 1956, pp. 379-386.

tal suerte que mucha parte de los indios e indias que llevaban se murieron helados sin poder ser guarecidos de los españoles [...] que todos fueron muertos de hambres y ahogados en ríos, y de enfermedades que por la mala constelación de la tierra les daban”.

Los restantes indígenas fueron esclavizados a solicitud de los mismos religiosos, en represalia por la muerte ocasionada de alguno de ellos a manos de los nativos, hasta que en 1542 el licenciado Miguel Díaz, acatando la disposición emitida por el Rey Carlos de España prohibiendo esa condición y restituyendo la libertad de los indios, la impuso en todo el Nuevo Reino. Igualmente se establecía la tasación de los tributos, el buen tratamiento de los naturales y el castigo y pena para quienes los maltratasen. Sin embargo, estas leyes no fueron acatadas en la realidad ni Miguel Díaz se tomó la tarea de imponerlas por temor a la sublevación de los encomenderos. Así, estos últimos se dieron sus mañas para sacar de los nativos más de lo que ellos podían proporcionar por intermedio de caciques y señores principales.

Hastados de la barbarie española, en 1557 los indígenas del Nuevo Reino de Granada se sublevaron, siendo cruelmente aplastados por los conquistadores Gonzalo Pizarro, Alonso de Fuenlabrada, Luis de Guevara, Hernández Girón, Álvaro de Oyón y otros, consolidando la dominación española, estableciéndose el régimen de encomienda, que a su vez apaciguó el ánimo de los colonos que lo reclamaban como principal recompensa por sus servicios en América.

Los panches, pijaos y paeces en el valle del Magdalena, los sutagaos en el sur del Reino y los guanes al norte, los quimbayas, gorriones y bugas en el valle del Cauca; en general los nativos de Ibagué, Mariquita y Cartago se sublevaron. Los panches, feroces guerreros del Alto Magdalena eran esperados por su corpulencia y valentía como redentores al otro lado de la cordillera Central, bajo el lema de que era mejor morir antes que “cargar las petacas y dar muchachos para la doctrina, ni indios para la mina, ni indias para servir a los cristianos”. Llegaron a Carrapa a apoyar a los quimbayas con la ayuda de un mesías -dios de oro- que iba a matar a todos los cristianos, como anotó Juan Friede.⁵⁴⁷ Lo cierto es que los colonos españoles exageraron la magnitud de la sublevación para justificar la ayuda y nuevas mercedes solicitadas al Consejo de Indias.

Por otra parte los maltratos inducidos en las minas, en la boga de los ríos y en el transporte de mercancía por agrestes caminos, contribuyeron significativamente

⁵⁴⁷ J. Friede, *Los quimbayas bajo la dominación española*, 1963, p. 78.

con este proceso de destrucción. En 1572 en la relación de las minas de oro de Tierra Caliente, en las que se mencionaban las de Mariquita, Victoria, Remedios, Tocaima, Ibagué, Pamplona y Vélez, los mismos españoles advertían sobre el exceso de trabajo y la consecuente pérdida de naturales que llegaban a 50.000 en esas provincias:⁵⁴⁸

“Ha habido gran desorden en el echar indios a minas y en tanto grado que un encomendero ocupaba todo su repartimiento en esta granjería: a unos lavando y sacando oro, otros en hacer comida para ellos, otros en acarrearla para los que trabajaban. De modo que con este trabajo que ha sido excesivo, han faltado un número que sería lástima decirlo, pues pasan de cincuenta mil”.

Los remeros en la boga del río Magdalena padecían otro tanto, como advertía el 1º de junio de 1564 Venero, presidente de la Audiencia:⁵⁴⁹

“En la subida del Río Grande de la Magdalena a este Reino, había más de doce mil indios. Y ahora quise entender, cuando por allí subí, cuántos habían quedado y hallé mil y quinientos y entendí que eran muertos todos por la boga y mala orden de ella, que es el mayor trabajo que hay en el mundo; porque ni comen ni visten y perpetuamente no se les cae el canaleta de la mano en pie”.

El trabajo de los remeros era tan pesado que hasta los mismos frailes dominicos se dirigieron el 16 de abril de 1566 al Rey, alertando sobre la necesidad de suspenderla o de lo contrario acabaría con los pocos sobrevivientes:⁵⁵⁰

“Ya vuestra señoría tiene noticia de un Río Grande de La Magdalena o, por mejor decir, río y lago de sangre y dolor y angustia, que sube desde Santa Marta a este Reino. Pues en él se vieron vivir y morar de una banda y de otra más de cincuenta mil ánimas, que una invención de boga, inventada por el demonio, ha destruido y asolado hasta que han quedado 500 o 600 indios no más. Y estos todavía entienden en este género de trabajo que es el mayor que naturalmente hombres humanos pueden pasar [...] Si Su Majestad quiere de veras poner remedio de ello, y que los que han quedado en el dicho río se conserven y aumenten, no es menester más de rasamente prohibir, con pena de vida, la dicha boga, y que anden barcos o se descubra otra parte (de)

⁵⁴⁸ Friede, 1975, III, pp. 355-359, VI, p. 160.

⁵⁴⁹ Friede, 1975, V, p. 184.

⁵⁵⁰ Friede, 1975, V, p. 369.

donde se provea este dicho Reino, que mil hay por donde. Y si no, doy en los años de vuestra señoría por despoblado el dicho río. Y después, así que así, se ha de buscar otro remedio, que ahora valdría más que se buscase”.

En 1567 se repetía la misma queja con la solicitud de eliminar la boga en el río y buscar otros caminos para no acabar con los 500 indios restantes. Pero si los frailes solicitaban eliminar la boga en el río para desplazar las mercancías por caminos, los indios cargueros sufrían la peor suerte de todas, pues tenían que transportar las pesadas mercancías a sus hombros desde Tocaima a Bogotá e Ibagué. Cuando se fundó en 1544 la ciudad de Tocaima había 6.000-7.000 indios, una parte murió en la pestilencia de 1559 y otra gran parte por los trabajos pesados hasta quedar solamente 3.201 en 1560, según la *Relación de Popayán y del Nuevo Reino* de 1559-1560. Fue tal el despoblamiento que la ciudad empezó a deteriorarse por la falta de mano de obra indígena que le hiciera mantenimiento a las casas de los españoles.

En la *Relación de la Conquista de los Carares* de 1601⁵⁵¹ se menciona que el maltrato de los nativos producido por el transporte de las mercancías desde Carare hasta Vélez, que duraba de 8 a 10 días, diezmo la población, y donde había 30.000 indios no quedaban sino 1.000. Sus sementeras con hayo (coca), maíz, yuca, batatas y plátanos, fueron taladas y sus bohíos quemados por los españoles con el fin de arrasar la población indígena definitivamente.

El mismo fray Pedro Simón narra la conmovedora e inhumana situación de los peones a quienes alquilaban los encomenderos de ciento en ciento como recuas de mulas, dándoles un tratamiento tan inhumano que los mandaban a que se ganasen el alquiler, sin alimentos y cuidados. Los nativos escasamente se sustentaban de lo poco que tenían en sus casas para la ida y vuelta. El nativo no tenía valor para el encomendero, ni alma, como sí lo tenían las bestias de carga a las cuales se les daba los mayores cuidados pues se les alimentaba y bañaba después de cada jornada.

Veinte años después del primer contacto con los indígenas de Tierra Caliente, se preveía el desastre de la población indígena por las pesadas cargas que transportaban sobre sus hombros, sin que ninguna autoridad prestase atención. En los documentos se anotaba que había crueldad por parte del español, atiborrando a los naturales de manera continua con pesadas cargas, pudiendo utilizar bestias y carretas, muriendo muchos nativos en aquel trabajo, porque les hacían cargar tres arrobas y aún más, muchos de los cuales eran muchachos, mujeres y viejos.

⁵⁵¹ Tovar, 1993, III, p. 431.

A principios del siglo XVII la situación empeoró pues la población nativa se rebeló contra las crueldades españolas, siendo castigados con la tala y quema de sus casas y sementeras, con desastrosos resultados para la población pijao del Tolima. Fray Pedro Simón⁵⁵² anotaba patéticamente que al dejar la provincia de Amoyá en buen estado de sometimiento, tomaron los conquistadores al mando del capitán Poveda la vuelta del fuerte del Chaparral, dejando taladas más de 970 labranzas de maíz y otras legumbres y quemadas 184 casas de buenos edificios, quedando la tierra tan desolada que ya no hallaban las tropas indio con quien pelear, casas donde rancharse, “raíz ni grano que comer”.

La población del valle del Cauca sufrió una situación similar. Esta región era muy poblada pero se redujo considerablemente a causa de las guerras, al exceso de trabajo que tuvieron en estancias y rozas de los conquistadores, por no querer sembrar para que los españoles no tuvieran que comer, por las consecuentes hambrunas que padecieron para no reproducir sus angustias y, finalmente, por los conflictos internos que se desataron con la hecatombe conquistadora. Estas poblaciones e indios se perdieron y gastaron con el tiempo y la guerra, porque cuando entró Sebastián de Belalcázar, el primer capitán que los descubrió y conquistó, sostuvieron siempre muchas guerras con los españoles con el fin de defender sus tierras y no dejarse sujetar. Con la fundación y poblamiento inicial entre estos pueblos de la ciudad de Santiago de Cali por el capitán Belalcázar, porfiados en no dejarse sujetar al pesado yugo que los sometía a trabajos pesados, no quisieron sembrar ni cultivar las tierras. Por esta causa se pasó mucha necesidad, y se murieron tantos, que afirmaba Cieza de León que para mediados del siglo XVI faltaba la mayor parte de ellos. Después que se fueron los españoles de aquel sitio, y se reedificó la ciudad donde yace actualmente, los indios serranos que estaban en lo alto del valle bajaron en cantidad, también muy necesitados de alimentos, “y dieron en los tristes que habían quedado, que estaban enfermos y muertos de hambre; de tal manera que en breve espacio mataron y comieron todos los más; por las cuales causas todas aquellas naciones han quedado dellos tan pocos, que casi no son ningunos”.⁵⁵³

En la *Visita de 1559* se contabilizaron 1.172 varones útiles de los pueblos montañoses (cordillera Occidental), dados por cargueros (tamemes).⁵⁵⁴ Según fray Gerónimo Escobar anteriormente había más de 8.000 indios que se redujeron para

⁵⁵² P. Simón, 1981, VI, pp. 393, 442.

⁵⁵³ Cieza de León, 1922, p. 82.

⁵⁵⁴ Romoli, 1974, p. 460.

1582 a tan solo 600 por el continuo trabajo. Las encomiendas de tamemes era un gran negocio pues los encomenderos obtenían el doble de lo que producían las encomiendas comunes.

Según la *Relación de Popayán* en 47 pueblos se contabilizaron 3.240 indios de repartimiento. En el empadronamiento ordenado por el oidor Francisco Brizeño en 1552 se censaron todos los indios útiles o de servicio en 20 de las 23 encomiendas del distrito, registrando 3.344 tributarios, pertenecientes a 62 cacicazgos diferentes. Si utilizamos un factor de 4 para obtener la totalidad de la población obtenemos 13.376 indígenas. Las estimaciones de la población indígena útil y su nivel de descenso la calcula K. Romoli⁵⁵⁵ de la siguiente manera:

Año	1536	1541	1552	1559	1570	1582	1634
No.	30.000	10.000	5.000	3.535	3.000	2.100	420

La península de la Guajira también fue objeto de arrasamiento e insubordinación, ya que los españoles no solamente se apropiaron de sus alimentos, prendas de algodón, sino que:

“[...] aprovechándose de sus mujeres e hijas tan desvergonzadamente, que no se recataban de poner en ejecución sus torpes deseos dentro de las mismas casas de sus padres y maridos y aun a su vista, con que les irritaban de manera que no pudiendo ya sufrir tantas sinrazones y maldades, convirtiendo la mansedumbre en ira de bárbaros, tomaron las armas, y matando a todos los que les habían agraviado se determinaron que no quedase rastro en sus tierras de la nación española”.⁵⁵⁶

Así lo determinaron sus vecinos cuicas, gente de “mejor masa”, más pacíficos y domésticos que vivían en parcialidades sin reconocer jefes ni superiores. En 1583, según relata el escribano Hernando de Heredia, el conquistador Lope de Orozco salió al campo y tomó en sí la gente que en él estaba, con toda la cual estuvo más de dos meses en frontera contra dichos indios haciendo cada día correrles la tierra y talarles las comidas y quitándoles las aguadas de donde solían beber y todas las demás vejaciones y molestias que se les podían hacer.⁵⁵⁷

⁵⁵⁵ Romoli, 1974, p. 382.

⁵⁵⁶ Simón, 1981, II, p. 102.

⁵⁵⁷ Friede, 1975, VIII, p. 20.

Mientras que la gran mayoría de poblaciones nativas de Colombia sucumbió durante la Conquista española ante el embate de la guerra de tierra arrasada, el avasallamiento, el hambre, las enfermedades y el rompimiento de sus estructuras familiares, sociales, políticas, religiosas y militares, los guajiros sobrevivieron en número estable hasta la época actual. Lo que antes del siglo XVI fue un óbice para el crecimiento demográfico por las limitaciones ambientales descritas (escasez de agua, pobreza de los suelos), generando como respuesta adaptativa una economía itinerante, constituyó un verdadero obstáculo para la colonización europea y un impedimento para el sojuzgamiento de los guajiros. Al contrario, los nativos supieron sacarle provecho a las bondades de la economía europea adaptándose rápidamente a la cría de ganado caprino y al comercio itinerante.

Los indígenas de los llanos Orientales fueron los más explotados por los españoles, pues fueron sometidos a la esclavitud, maltratados en agotadores viajes en calidad de porteadores, arrasada su tierra, desproveída de sus víveres y quemadas sus casas cuando hacían resistencia por las huestes conquistadoras de Jorge Espira, Nicolás de Federmán, Hernán Pérez de Quesada y Felipe de Utre. Fray Pedro Aguado se lamentaba tristemente que los nativos habían sido reducidos inmisericordemente por las huestes españolas:

“... y toda esta gente se sustentaba el tiempo que en esta provincia de los guayupes estaba, de lo que los míseros indios tenían para su sustento, y cada cual de estos capitanes y de sus soldados procuraron haber y tomar los indios que podían de esta provincia y nación, para que le sirviesen; pues gente que tan combatida fue y tan salteada y llevada en cautiverio, imposible es que quedase mucha de ella *vivos, pues... porque si aquel blasón... que decía llanos...*, y porque considerados los daños que en aquellos tiempos se hacían en los indios tan libre y atrevidamente, es imposible que estos guayupes, habiendo estado en ellos las compañías de gentes que he referido, no dejasen de ser tan atribulados y destrozados cuanto he significado y mucho más”.⁵⁵⁸

La desintegración de los núcleos familiares, base de la economía nativa, se produjo al separar a las mujeres de sus hogares para que prestaran su servicio doméstico en casa de los encomenderos, donde solían morir por los trabajos pesados. En 1573 Juan de Avendaño se quejaba ante el Consejo pues consideraba injusto que el encomendero:

⁵⁵⁸ Aguado, 1956, p. 570.

“no tan solamente tiene los tributos que quiere y como quiere, más, en perjuicio de los miserables indios, en la parte que quiere trae sus ganados y toma y elige lo mejor de sus tierras para poner en ellas sus granjerías, y muchas veces quita al padre la hija y al marido la mujer para su servicio (y) diciendo que son para amas de sus hijos y hacer edificios donde los consumen y matan sin escrúpulo alguno en aquello que no pueden hacer, por estar esto ya introducido en esta costumbre generalmente”.⁵⁵⁹

Moralmente los nativos fueron abatidos cuando se les prohibió la práctica de su propia religión, sus santuarios e ídolos irrespetuosamente quemados y sus dioses relegados a la clandestinidad cuando habían predominado durante milenios, mucho antes del nacimiento de su inspirador Jesucristo, y servían de base del sustento de la homeostasis.⁵⁶⁰

“Y porque una de las cosas principales y de más importancia que hay para la conversión de los naturales a nuestra Santa Fe es desarraigarles de sus entendimientos los ritos y ceremonias e idolatrías en que están ciegos y engañados del demonio, se ordena y manda que los dichos indios no puedan tener ni tengan santuarios ni ofrecimientos, ni ídolos, y para que cesen, se les manda a los encomenderos y encarga a religiosos y sacerdotes los quemen y no les permitan tenerlos [...] dándoles a entender su ceguera y amenazándoles con riguroso castigo si los tuvieren”.

Por otra parte, las fiestas donde se socializaban, enriquecían su tradición oral y arreglaban alianzas matrimoniales al calor de la chicha y el acompañamiento de comidas y música, símbolo de la reciprocidad y del poder de los señores, fueron igualmente prohibidas, contribuyendo también a la disgregación social, económica y moral.

15.3. Conquistador y pestilencias

La pestilencia producida por la viruela, el sarampión y la gripe, “nueva para los naturales y nunca vista entre ellos” remató este cuadro de desolación. Los panches fueron las mayores víctimas. De 20 mil “caribes panches” según Pedro Simón⁵⁶¹ o de los 8 mil calculados inicialmente en la *Descripción de Tocaima*, en 1544 se contabilizaban solamente 1.300, repartidos entre 22 vecinos encomenderos. Los españo-

⁵⁵⁹ Friede, 1975, VI, p. 267.

⁵⁶⁰ Friede, 1975, VI, p. 459; ver N. Wachtel, *Los vencidos*, 1976, pp. 55-61.

⁵⁶¹ Simón, II, p. 284.

les calculaban en 50 mil el número de indígenas en el valle del río Magdalena, de los cuales perecieron según ellos, casi 40 mil por causa de la pestilencia de la viruela y los restantes quizás por los maltratos, hasta quedar solamente 500 en el siglo XVI.

Sobre la viruela se alude que fue introducida en el Reino por ciertos esclavos del obispo de Juan de Barrios quien envió a comprar a la isla Española y la contagiaron a los naturales. Fue esta pestilencia tan grande que los nativos padecieron tanto trabajo y angustia, que los “padres desamparaban los hijos y los hijos a los padres” sin poderse valer unos a otros por el gran hedor que entre ellos andaba.

Antes de la llegada de los españoles los asentamientos indígenas eran dispersos y poco nucleados, con lo cual se evitaban muchas enfermedades infecciosas, sobre todo las de transmisión aérea. La concentración de las comunidades indígenas en torno a poblados españoles con el fin de facilitar su dominación y control de los tributos, además para evangelizarlos, contribuyó aún más a diseminar las epidemias. Hasta el mismo domingo cuando asistían a misa, a los mismos bautismos y confesiones, tenían que cargar al pueblo pasto para el ganado, leña y otras cosas para las casas de los encomenderos y frailes, muchas veces recorriendo más de una o dos leguas por caminos ásperos y por ríos turbulentos, y si no la traían eran azotados gravemente.

Igualmente la movilización de los nativos a alejadas regiones con clima diferente al habitual para las labores de minería, la mala alimentación, pues no les dejaban cazar ni consumir ganado vacuno, contribuyeron al debilitamiento de los organismos nativos, a la pérdida de sus defensas y a la fácil exposición a las enfermedades infecciosas anteriormente desconocidas. Si los indígenas se quejaban ante las audiencias y justicias eran castigados y sometidos a insolencias, crueldades y rigores, matándolos y amenazando a los demás, forzadas sus mujeres e hijas con cargas excesivas. Viendo esta situación las indígenas embarazadas preferían abortar con yerbas antes que ver a sus hijos esclavizados y miserables con tanta explotación. El desgano ante los trabajos forzados condujo a que los españoles emplearan la fuerza y las armas para obligarlos a laborar.

Fray Pedro Simón comentaba asombrado que la mortandad producida por las pestilencias fue tan grande, que no daban abasto los sacerdotes, clérigos y de otras Órdenes, en especial en esa época cuando eran pocos, para enterrar a las víctimas, a pesar de que solían en una fosa inhumar 100 a 200 cuerpos. Era tanto el estupor y temor entre los indígenas que pedían ser bautizados, buscando la vida eterna, incitados por la cercanía de la muerte. En la *Relación del Nuevo Reino* se señalaba de una manera patética la falta de indios que antes había, especialmente de los panches, a causa de enfermedades que se expandieron por el Reino, de

viruelas y después de sarampión. Un simple catarro, inofensivo para los españoles, mataba más indígenas que la misma guerra como sucede actualmente con los nukak-makú de la selva amazónica.



Figura 80. Indígenas con horribles costras en el cuerpo por la viruela.

En 1546 llegó del Perú una gran pestilencia que “... barrió la tercera parte de estas grandes provincias. Daba un dolor de cabeza con accidente recio de calentura –y pasábase el dolor al oído izquierdo agravando de tal suerte, que en dos o tres días pasaban sin remedio de esta vida los apestados”.⁵⁶² A los españoles se les murieron sus indias de servicio, quedando pocas o ningunas; se calcula que entre 1587 y 1600 desapareció casi el 90% de la población nativa de la Nueva Granada. Fue tal el horror y asombro producidos por esta enfermedad que generó visiones entre los nativos que decían haber visto muchos indios de los que ya habían muerto, como les sucedió a unas mujeres indígenas que extraían sal en Consota, Cartago la Vieja (Pereira).⁵⁶³

“Y estando juntas muchas indias haciendo sal para las casas de sus señores vieron un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y inmundicias, y con dos niños de brazo; el cual, llegado a las indias, les dijo: “yo os prometo que tengo de matar a todas las mujeres de los cristianos y a

⁵⁶² P. Simón, 1981, t. V, p. 297.

⁵⁶³ Cieza de León, 1922, p. 78.

todas las más de vosotras”, y fuese luego. Las indias y indios, como era de día no mostraron temor ninguno, antes contaron este cuento, riéndose, cuando volvieron a sus casas”.

Durante el levantamiento de la población nativa del valle del Magdalena en 1557, y especialmente en 1559, según la *Relación de Popayán y el Nuevo Reino* se desató una pestilencia de viruela y sarampión que acabó con mucho indígena, “dicen haber sido mucha la cantidad de los muertos, que ha de ser provecho a los vivos”. En 1588 igualmente se supone que una negra proveniente de Guinea trajo la viruela, cuya epidemia se inició en la ciudad de Mariquita, extendiéndose por el Nuevo Reino de Granada produciendo la extinción de la tercera parte de la gente.

En las huestes del Capitán Bocanegra que se hallaban en 1590 en inmediaciones del río Coello, Tolima, se desató otra epidemia de viruela que afectó todas las tierras eliminando toda la gente que tenía de servicio. En 1617 se extendió una epidemia de sarampión que acabó con buena parte de los naturales supervivientes donde murieron más de la quinta parte de los nativos del Nuevo Reino, algunos españoles criollos, pero ninguno de los nacidos de España.

Las causas de la disminución de los naturales del Caribe fueron tres al parecer de la *Relación de Tenerife*. 1. La gran pestilencia de landre o candil, que según Víctor Manuel Patiño⁵⁶⁴ obedecía a la ingestión de hierbas tóxicas por parte de los herbívoros en épocas de sequía, que a su vez eran devorados por los carnívoros, afectando a los humanos por la garganta; además de los estragos causados por los tigres. 2. Las epidemias de sarampión y viruela desatadas hacia 1530 que acabó con mucho nativo. 3. Los maltratos dados a los supervivientes empleados como bogas en el río, pues eran obligados a remar por largas distancias transportando las pesadas cargas de los españoles en canoas más grandes de las acostumbradas.

Hacia 1560 quedaban unos pocos malibúes en el Bajo Magdalena pues fueron diezmados por las epidemias de sarampión y viruela; además porque fueron obligados por los españoles a abandonar sus cultivos y familias para trabajar como bogas en el río Magdalena. La carencia de alimentos y los maltratos aniquilaron muy pronto la población nativa. De ella quedó solamente la tradición de la hamaca y la canoa, el maíz y la yuca, la olla de barro y la estera de chingalé, además de tradiciones cosmológicas.⁵⁶⁵

⁵⁶⁴ Patiño, 1983, pp. 155,199.

⁵⁶⁵ Reichel-Dolmatoff, 1991, pp. 15, 20.

Así, el hambre y las enfermedades, la expropiación de sus tierras, el resquebrajamiento de las instituciones religiosas, familiares, políticas y militares nativas y el descalabro psicológico ante la indefensión de sus curanderos y dioses y la degradación del medio ambiente, condujo a que hacia finales del siglo XVII casi el 90% de la población indígena se hubiera extinguido. Solamente sobrevivieron los individuos cuyos organismos desarrollaron inmunidad genética a las enfermedades europeas y resistencia física y moral al hambre, a la miseria y a la humillación. El despoblamiento y el empobrecimiento de las tierras nativas, antes ricas y pródigas, ya eran angustiosas en el mismo siglo XVI, unos años después de la conquista.

Paradójicamente esa imagen que contribuyeron a difundir las misiones religiosas del indígena “salvaje, caníbal, bárbaro, caribe, bruto e irracional” sirvió de ideología para la guerra de tierra arrasada acometida por aventureros, traficantes, empresarios, misioneros, caucheros y colonos contra los nativos de la Amazonia y Orinoquia durante los siglos XIX y XX.⁵⁶⁶ En pleno siglo XXI los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, la Amazonia y otras regiones coccaleras son objeto de abusos por grupos insurgentes que se disputan las zonas de producción y comercio.

15.4. El legado indígena en la historia de Colombia: de bárbaros caníbales a sabios ecólogos

Este deplorable cuadro de miseria nativa persistió hasta bien entrado el siglo XX, y fue lo que describieron los viajeros europeos de los siglos XVIII y XIX, mismo que pensaron se extendía a la población nativa prehispánica. Así, los europeos y misiones religiosas consideraron que la conquista había sido una labor mesiánica de salvación de almas impías y herejes, de costumbres canibalescas, depravadas y malsanas.

No obstante, el cuadro reconstruido demuestra todo lo contrario: la conquista fue una labor de destrucción, guerra de tierra arrasada, maltrato y esclavización de poblaciones nativas que vivían en mejores condiciones que los europeos medievales que sacralizaban el pan por las hambrunas, pestes, epidemias y explotación que sufrían en esa época. Con unas horas de trabajo al día los aborígenes obtenían lo necesario para su subsistencia y se daban el lujo de destinar parte de su tiempo a la socialización en el seno familiar, a las fiestas, bailes, bebidas y honrar a sus pródigos dioses.

Para poder adaptarse a las limitaciones ambientales como la ausencia de grandes herbívoros domesticables, aptos para el transporte de cargas pesadas y el suministro de permanentes fuentes proteínicas, los nativos americanos desarrollaron re-

⁵⁶⁶ A. Gómez *et al.*, 1998, p. 87.

laciones de reciprocidad mediante la exogamia, lo que permitía la solidaridad y el intercambio en casos de necesidad; también sistemas políticos cacicales de redistribución de los alimentos, y sacrificios humanos para aplacar la furia de los dioses en las situaciones de reproducción poblacional desmesurada que condujera al agotamiento de los recursos naturales. Finalmente, la cosmovisión indígena estableció un ordenamiento del mundo, las plantas, animales y humanos con el propósito de mantener la armonía entre todos los actores del universo.

Allí donde la población aborigen se extinguió florecieron nuevas sociedades con marcado contexto europeo y africano, como las costas pacífica y atlántica, los valles interandinos y parte de las regiones andinas, aunque conservando buena parte de las costumbres dietéticas (mazamorra, mote, hervidos, sancochos, viudos) americanas. La poca población nativa quedó confinada a regiones inhóspitas y de difícil acceso, que solamente hacia los años 90 del siglo XX logró la recuperación de su tamaño original.

Las lecciones deducidas de las adaptaciones bioculturales, la actitud de conciliación con el mundo de las deidades, los humanos, las plantas y los animales al tratar de mantener la armonía mediante la teoría de la homeostasis, su posición ecológica sobre el origen y curación de las enfermedades y las costumbres de mesa de las comunidades precolombinas deben servir de ejemplo a los nuevos americanos, desaforados reproductores biológicos y materiales, consumidores desenfrenados de productos que están agotando los recursos naturales de nuestros países, contaminando irreversiblemente el medio ambiente y poniendo en peligro la conservación de la misma especie humana.

La misma violencia contemporánea con el consecuente desplazamiento forzado, tiene sus raíces en el desorden social provocado por los conquistadores europeos en el siglo XVI, a través de la guerra de tierra arrasada contra los nativos para despojarlos de sus pertenencias, que infortunadamente se ha repetido contra los campesinos para arrebatarles sus tierras. La violencia en las regiones de ocupación caribe (carares, colimas, panches, pijaos y otros) no se debe a los supuestos “genes caribes, antropófagos y bélicos”, pues ellos casi se extinguieron, sino a la cruel historia del “río y lago de sangre, dolor y angustia” como le llamaron en 1566 los mismos frailes dominicos al Río Grande de la Magdalena, por los atropellos cometidos contra los verdaderos propietarios de la tierra, forjadores de riqueza y de un hábitat abundante de plantas y animales útiles para la supervivencia de los nuevos americanos.

De la altivez de estos pueblos sólo queda el recuerdo cruento de su historia y un paraíso de tierras pródigas de recursos, plantas útiles como la quinoa, maíz,

arracacha, cubio, hibia, batata, ñame, yuca, maní, fríjol e infinidad de plantas medicinales y frutas exóticas, además de animales domesticados con una alta productividad de proteína como el curí. Las ciudades colombianas le rinden tributo a sus crueles conquistadores como Sebastián de Belacázar, Jorge Robledo y otros, pero la memoria de la infinidad de pueblos indígenas, cuyos genes portan los mestizos en su gran mayoría por línea materna, ha quedado sumida en el olvido. La recuperación de la memoria histórica y ambiental del pasado indígena, el manejo del mundo, la energía, los recursos, las plantas y animales, las enfermedades, la regulación demográfica y, en general, sus condiciones de vida, constituyen lecciones para el presente de la población mestiza, donde la miseria, la pobreza, el hambre y las enfermedades son una constante de su devenir histórico.

La enfermedad, entendida desde una perspectiva holística, integral y ecosistémica como el producto de conductas sociales que generan desequilibrio en el flujo de energía, misma que es una, restringida y corre permanentemente como el agua de los ríos, solamente puede curarse en la medida que se busque la armonía entre los actores del universo: los humanos, las plantas, los animales, la naturaleza y el sol suministrador de energía.

Esta es la principal lección de los vencidos americanos para los vencedores europeos, quienes pueden ser derrotados por los desastres naturales (sismos, erupciones volcánicas, huracanes), epidemias (gripe aviar, sida) y guerras, si no rescatan la actitud de armonía hacia la naturaleza y los mismos seres humanos, que desarrollaron anasazi, mayas, mexicas, chibchas, incas, tehuelches y otros pueblos americanos durante milenios.

